ECO DEL SEGURA

Núm. 367. Cieza 2 de Junio de 1912. Año VIII.

Triunfo del Señor Tortosa.

NUESTRO APLAUSO

La satisfacción embarga nuestro ánimo. El orgullo hace correr, con rapidez vertiginosa, la pluma sobre las cuartillas.

El ilustre paisano, el orador elocuente, el amigo de la infancia, D. Diego Tortosa ha conseguido un triunfo señaladísimo en Madrid, al abrir los labios y dejar caer sobre la concurrencia escogida, selecta y numerosa que lo escuchaba, raudales esplendorosos de luz y de poesía, de divinos colores y regalados perfumes; de todo lo grande, lo bello, lo escogido, lo sublime, que atesora en su cerebro portentoso.

Zorrilla surge poeta sobre la tumba de Larra; Tortosa se hierge poeta, filósofo, historiador, hablista, retórico, gramático, lógico, orador, sobre la tumba del genio poderoso, del claro luminar, del asombro del mundo en el siglo XX: sobre la tumba del nunca olvidable D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Hemos sabido su triunfo, ese triunfo tan grande que mereció el aplauso de los príncipes contemporáneos de la elocuencia y de la oratoria, encarnados en el cuerpo de los Mauras, los Pidales, los Zacarías Martínez y demás glorias españolas, y ese triunfo del que ha convivido con nosotros tantos años, nos llenó de tristeza; no de esa tristeza del bien ageno, sino de la tristeza de no haberlo oido, para haber tenido la gloria de ser los primeros en abrazarlo.

No puede ECO DEL SEGURA demostrarle de otro modo la satisfacción que siente por esta legítima y brillante victoria, al ilustre paisano, que aumentando su tamaño para publicar íntegra la oración que se ha publicado en importante diario de la Corte: En «El Universo,» del que copiamos las siguientes frases:

La Oración fúnebre

«Correspondiente á la magnificencia del acto y destacándose con vigor sobre el fondo de la ceremonia, fué la oración fúnebre encomendada al doctor don Diego Tortosa, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de esta Corte.

Como el señor Tortosa lleva poco tiempo en Madrid, fueron para muchos una sorpresa su elocuentísima palabra, su fluído y elegante decir, su vasta cultura y sus excepcionales condiciones de orador profundo y patético, lleno de evangélica unción.

Y, en efecto, la oración fúnebre que el doctor Tortosa dedicó ayer á Menéndez y Pelayo fué una obra magistral de la oratoria sagrada, por la unidad de plan, la solidez de la trabazón lógica, la congruencia de las partes, la artística ornamentación del estilo, la riqueza de vocabulario, la elegancia de la sintaxis, la fluidez de la dicción y el arte exquisito de conmover y emocionar.

Don Alejandro Pidal, el padre Zacarías Martínez y otros maestros de la elocuencia felicitaron muy efusivamente al señor Tortosa, y murmullos de aprobación acogieron los párrafos más notables del discurso del grandilocuente orador, que acertó á modelar con arte insuperable la prócer figura del gran escritor católico.

A continuación publicamos el texto de la admirable oración fúnebre del señor Tortosa, sintiéndose por adelantado que la premura del trabajo nos haya hecho incurrir en algún defecto, de que no se responsable, ciertamente, la artística palabra del señor Tortosa.»

Sin distinción de colores, todos los periódicos han aplaudido al Sr. Tortosa. Algunos han publicado su retrato. Nosotros no lo hemos podido conseguir, como hubiéramos deseado.

Don Diego Tortosa, el ilustrado Doctor y Conónigo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, viene á ocupar el puesto que vacante dejaran los Chaumeles y los Manterolas.

Diego ocupará en breve el primer puesto de la oratoria sagrada.

Hacemos punto para dar paso á las frases de «Dos Ciezanos,» que tuvieron la dicha de oirlo y de aplaudirlo y de abrazarlo.

Dicen así:

D. Diego Tortosa

«Organizados por la Junta Central de la Acción Católica, se celebraron el lunes en esta Santa Iglesia Catedral, solemnes honras fúnebres por el alma del insigne sabio, honra de España, D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

El templo presentaba un severo aspecto. En los bancos, cubiertos por paños negros y colocados á todo lo largo del sagrado recinto, tomaron asiento la Real Academia Española, la de la Historia, los miembros del Centro de Defensa Social, Círculos Católicos, Consejo Diocesano, Banco Popular de Leon XIII, Juventudes Católicas y, en suma, todas las Corporaciones que son ó representan algo en el movimiento Intelectual Español.

En el presbiterio tomaron asiento el Eminentísimo Sr. Pronuncio Apostólico Cardenal Vico y otros Prelados. Revestido de Pontifical, el Ilustrísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá ofició la misa de *requiem* que fué oida con gran recogimiento, estando encargada de la parte musical la renombrada capilla Litoriana.

Terminado el oficio divino ocupó la cátedra del Espíritu Santo, nuestro ilustre paisano el Sr. Tortosa.

Para hablar dignamente y retratar en el papel, la personalidad altísima de D. Diego Tortosa serianos preciso poseer la imaginación de fuego del Príncipe de los oradores españoles, de Castelar, y que nuestra pluma tosca y ruda atesorase las sublimes vibraciones de la elocuencia, los mágicos destellos de las genialidades únicas que solo alguno al ser privilegiado, al cerebro de luz que Dios creó para su recreo y para que patentizase en la tierra la omnipotencia de su poder.

Tortosa es sublime con la sublimidad del poeta; ruiseñor errante y canoro que vaga por el mundo sin más caudal que su armonía y sin más patrimonio que su talento, como el filósofo, como el pensador, como el sabio que difunde los raudales de su ciencia extraviando del fondo de la ignorancia las ideas de la verdad.

¡Tortosa! ¡Qué portento y que prodijio! Su palabra es un cantábrico himno de vida, enérgico y vibrante. El siente los dolores de la Humanidad cuando nos habla del dolor, las alegrías del vivir cuando nos habla de la felicidad. Poeta, idealiza cuanto ve y cuanto ve lo canta con las armonías de un arpa eólica; filósofo, razona con clarividencia sumas las más abstractas concepciones; orador, rememora los días felices en que un Cicerón ilumina el Capitolio romano y aquellos otros en que el verbo de la elocuencia, el príncipe de la poesía hablaba, el gran Castelar, encanta á las multitudes con su palabra.

¡Ved como habla!

Discurso del Sr. Tortosa

Non recet memoria ejus á generatione in generationem.

EMMO. SR.:

EXCMOS. É ILMOS SRES.:

SRES Y HERMANOS MÍOS:

Desde que la muerte entró en el mundo del brazo del pecado, trofeos de su victoria fueron el hombre y cuanto al hombre ha pertenecido.

Ella ha paseado su carroza de triunfo sobre chozas y alcázares, sobre auroras y ocasos, sobre sollozos y alegrías; ella ha roto con su huesosa mano y ha arrojado hechos trizas al revuelto río de los siglos, los monumentos todos de la grandeza humana: el cetro de los reyes, el laurel de los artistas, la espada de los conquistadores; ella, con un «aquí fué» ó un «aquí yace,» ha tejido la urdimbre de la Historia, enseñando al hombre que todas las glorias de la tierra están amadas con polvo; y «aquí yace la demencia» ha escrito sobre los sepulcros de Babilonia y de Menfi; «aquí el arte,» sobre las ruinas de Grecia, eterna musa del mundo; «aquí la gloria militar,» sobre los escombros del Capitolio, señor del Universo...

. . . . . .

«Aquí yace,» acabo de escribir también sobre la fosa de don Marcelino Menéndez y Pelayo, de ese hombre singular, que levantaba su cabeza sobre la rasante ordinaria de los hombres grandes; de ese crítico, historiador, filósofo, poeta, artista inimitable, cuyo solo nombre, bandera fué de gloria que al otro lado de los Pirineos saludaba con admiración el mundo entero; de ese hombre extraordinario que aquí en España, donde la pasión y la bandería ponen censuras y regateos en todas las reputaciones, logró en vida juntar todos los labios en una alabanza y todas las manos en un aplauso; y en muerte ha hecho que ante su cadáver todas las frentes, descubiertas, se inclinen, y ante su sepulcro todos los ceraz mos se fundan en un solo corazón, gigante, inmenso, en el corazón de la Patria, en el corazón de España, que sollozante llora la muerte del más preciado de sus hijos, y el eclipse eterno del sol más glorioso que fulgia en sus horizontes.

En estos solemnísimos instantes, en que aún están calientes sus cenizas, el silencio, pulso como la eternidad ó el llanto, por donde se evapora el sentimiento, ó la oración, mística escala por donde la esperanza se remonta al cielo, serían el lenguaje más propio, más elocuente como tributo al genio que acaba de morir; pero habeis deseado, señores de la Junta central de Acción Católica, asociarme al duelo de la Patria, y al deseo de honrar la siempreviva de la oración sobre esa tumba entreabierta, habeis querido que desde esta cátedra de la verdad oyera el mundo el elogio sentido del finado ilustre. ¡Lástima que entre tantas palabras elocuentísimas, haya sido mi palabra ruda la compelida por obediencia para llevar vuestra voz y ser intérprete de vuestros sentimientos en estas solemnísimas exequias!

Porque ¿como atreverme en mi pequeñez, ni aun á esbozar la gigantesca figura científica y literaria de Menéndez Pelayo? La extensión del firmamento, la inmensidad de los mares que, como espejo diáfano retratan las estrellas y los arreboles del cielo, sólo puede medirlas la mirada infinita de Dios que los creara. La obra literaria del maestro, el oceano de su ciencia, sólo podría abarcarlos dignamente un genio como el suyo, fundido en ese molde de que Dios se vale rarísimas veces en el decurso de los siglos. Me alienta, sin embargo, que el astro gigantesco de su gloria, que destellará en perpétuo cenit sobre todas las edades, ha tenido su orto y su ocaso al pie de la Cruz; que no es un astro aislado ni errabundo, sino que va unido en bellísima constelación á otro sol más brillante, más espléndido, al sol de la inspiración cristiana, al sol de la fe, reflejo vivo de la luz increada que lamina á todo hombre que viene á este mundo.

Por eso, recogiendo las palpitaciones del corazón español y las plegarias de la Iglesia, intento presentaros como un sabio altísimo, cuya memoria no pasará, porque supo siempre su ciencia al servicio de su Patria y al servicio de su fe: *Non recedet memoria ejus a generatione in generationem.*

De brevísimo tiempo, más breve todavía por mi mal estado de salud, dispuse para dirigiros la palabra: sostengame en mi empresa Dios con su ayuda, vosotros con vuestra benévola atención.

Todo lo ha creado Dios para su gloria. Cuanto piensa y siente; cuanto palpita y vive: el grano de arena del desierto y la montaña que atavía sus nevadas crestas con un turbante de nubes; la estrella, luciérnaga del firmamento y la luciérnaga, estrella de los campos; la gota del rocío, lágrima de la aurora y el océano, arpa del infinito pulsada por la tempestad; todo son notas, todo son acordes de ese himno gigante, de ese *hosanna* inmenso, de ese *Te Deum* universal con que la tierra y el cielo cantan las glorias del Sumo Hacedor.

La nota más alta de ese concierto la da el hombre, compendio de todo lo creado, amasijo de polvo donde centellea lo infinito; porque en el hombre la creación de la materia se enaltece y sublima con los resplandores del espíritu, con la grandeza de la libertad.

Libre es el hombre para romper la cadena de oro del deber ó para glorificar á Dios rindiéndole el tributo de su inteligencia. Por eso, cuando un hombre ha recibido del cielo una inteligencia soberana, abrillantada con los resplandores del genio, y en consonancia con la voluntad divina, la pone al servicio de la verdad, ese hombre es grande con toda grandeza, su inteligencia forma parte de esas inteligencias que Dios coloca como soles en los horizontes de la Historia para alumbrar los caminos de la humanidad. Entonces si es el luminar del siglo IV y vacía todo el saber antiguo en el molde del cristianismo, ese hombre se llama San Agustín; si cristianiza á Aristóteles y sistematiza la Teología católica en los siglos medios, se llama Santo Tomás de Aquino.

Si su el orden humano es una enciclopedia viviente, asombro de sus contemporáneos y maravilla de su siglo, para quien ni las Ciencias ni las Artes tienen secretos, lleva el nombre gloriosísimo de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No tomais que atiborre de fechas vuestra memoria al contaros su vida. Nacido en Santander el 5 de Noviembre de 1856, Bachiller á los quince años en el Instituto santanderino, Licenciado en Filosofía y Letras á los diecisiete por la Universidad de Barcelona y á los diecinueve Doctor por la de Madrid, compendian los quilates de su valía 21 premios ordinarios y 3 extraordinarios que obtuvo en sus estudios. ¡Mayor número, señores, de laureles que años de vida contaba! Y con ser en él de admirar su memoria portentosa, blanda cera en adquirir, duro mármol en conservar, donde queda impreso de una vez para siempre cuanto leia, y su inteligencia soberana hecha como de rayos de sol para entramar y entroncar las ideas más profundas y los pensamientos más abstrusos, y su juicio clarísimo, balanza siempre en el fiel para aquilatar y clasificar con crítica definitiva las obras de filósofos, dramaturgos y poetas; aún eran más de admirar su tino, casi de vidente, para estudiar de primera mano todas las materias; su originalísimo temperamento artístico—porque, ante todo y sobre todo, Menéndez y Pelayo fué un artista—y principalmente su hambre de saber, su deseo insaciable de ciencia, que le hacia ir de bibliteca en biblioteca, ora en España, ora en el extrangero, peregrino sublime de la ciencia y del saber, como lo eran del amor divino, yendo de santuario en santuario, los peregrinos de la edad medioeval.

Con tan portentosas facultades no son de extrañar los triunfos continuados de ese hombre prodigio. No es de extrañar que gane en reñidísimas oposiciones contendiendo con altísimas mentalidades la cátedra de Literatura en la Universidad Central á los veintidós años; si que á los veinticuatro la abra sus puertas la Real Academia Española, y á los veintisiete la de la Historia; ni que académico de todas las de España y correspondiente de casi todas las del universo, haya sido el maestro de los maestros, el sabio de los sabios, que no se ha ceñido á cultivar un ramo aislado del saber, sino que ha dado la vuelta al mundo de las ideas, conviviendo en su vigorosa personalidad el poeta, el filósofo, el historiador, el crítico, el sabio, el artista, todo de altísima manera, de modo inimitable; siendo tan grande, que leyendo sus obras, desde aquel poema épico que compuso á los trece años, hasta las cuartillas que con mano temblorosa trazara en los umbrales de la muerte, desde las Líneas Estéticas, monumento ciclópeo al genio